

LÊ THÀNH KHÔI (1995): *Éducation et Civilisations* (Paris, Nathan).

En su deseo de perpetuarse, un régimen político emplea todos los medios a su alcance y muy en primer término la educación, instrumento que, junto con la religión y la lengua oficial, se constituyen en factores primordiales de prolongación y unificación ideológicas. Este proceso ha sido incesantemente reproducido en el seno de las grandes civilizaciones que desde la antigüedad y hasta nuestros días guían la vida de las diversas sociedades y de sus respectivos miembros.

El mandarinado chino empleará la escritura para la difusión de la ideología confucionista, cuyos principios fundamentales restablecen, por un lado, la autoridad monárquica, confiando en el reinado virtuoso y no en la fuerza del príncipe en la ejecución de su misión, y por otro, garantizan por vez primera la apertura de la enseñanza a todos sin discriminación. La transgresión de la honestidad por el soberano otorga a los súbditos el derecho a la insurrección. Budismo y taoísmo imprimirán una huella desde entonces inalterable en el período heterodoxo imperante en la dinastía de los Hans en todos los ámbitos artísticos y del saber, si bien el budismo será frontalmente atacado por la clase dominante de los funcionarios letrados, acusado de poner en peligro los dos fundamentos principales del Estado: la familia y la burocracia. El ideal confucionista chino de una democratización de la educación se concretiza en un competitivo sistema de exámenes que requiere el dominio de la lengua china clásica y la memorización de cientos de miles de caracteres en *Los Cuatro Libros* y *Los Cinco Clásicos*. Dotada de numerosos privilegios, la clase burocrática es poco representativa numéricamente (en el año 1200 asciende a un 0,1% de la población). Ni el confucionismo, concentrado en el orden social y la educación, ni el neoconfucionismo, fundamentado en una metafísica filosófica, estimularán el desarrollo de las ciencias. Por otro lado, la cohesión cultural característica de esta civilización (pueblo y letrados comparten los mismos valores fundamentales), junto con la utilización de sus principales inventos

(papel, imprenta...) para el exclusivo fin de legitimar la doctrina confucionista, impiden la realización de la síntesis resultante de la observación empírica y el razonamiento lógico-matemático que permitirá el triunfo de la ciencia en Occidente durante el Renacimiento.

Japón adopta el modelo de gobierno chino para dotar al Estado de los cimientos necesarios, reforzar el poder de los clanes feudales y elevar su prestigio de cara a China y Corea, si bien ello lo realiza afirmando su soberanía política y mediante la adaptación de las instituciones a su contexto propio. La ideología budista desempeña aquí un papel más importante que en la cultura china, aunque pronto se convierte en instrumento de legitimación del poder, lo que le resta gran parte de su creatividad y provoca su sustitución por la ética confuciana. El carácter feudal de la sociedad japonesa otorga un lugar primordial al guerrero (samurai). En el siglo XVIII éste se convierte en artesano o comerciante, aunque ni es socialmente considerado —como en Europa— ni nace en Japón o en China encarnando un verdadero espíritu de iniciativa burgués lanzado a la conquista del poder político, como ocurrió en aquélla. Japón ha conseguido abrirse al influjo de elementos provenientes del exterior y mantener al tiempo su independencia. La estratificación social se muestra más rígida en Japón que en China, por lo que la educación es más diferenciada en aquélla. La educación de los samurai recibe una atención especial, mientras que la del pueblo se ve muy favorecida por la apertura de Academias privadas democráticas que facilitan la inclinación hacia la heterodoxia en la sociedad japonesa y que acabarán por adoptar el eslogan «ética oriental, ciencia occidental».

En contraste con la civilización China, la India ha valorizado más el aspecto oral que la transmisión escrita, lo que pudo constituir una estrategia de los brahmanes para asegurarse el monopolio del saber. Núcleo de la civilización India durante más de tres milenios, la religión —en sus tres períodos: Vedista, Brahmanista e Hinduista— se constituye en punto de partida de toda actividad social e intelectual. La vasta omnipresencia y acumulación de funciones características de este estilo de vida y pensamiento han impedido su destrucción por el capitalismo o el marxismo. La extensa duración —ocho siglos— en la que se ha llevado a cabo la composición de los grandes textos fundadores de la religión hindú justifica el carácter de continuidad propios de su pensamiento y educación. La aparición del budismo como corriente reformadora en el siglo VI a.C. y la extensión de sus *Cuatro Verdades* influirán de manera durable en la

configuración de la cultura hindú. La gloria de la tradición intelectual india se basa en el rechazo del dogma y la aceptación de la relatividad de la verdad mundana. Los avances en Astronomía, Medicina, Anatomía, Química y Matemáticas, impulsados en su mayoría por causas religiosas, convierten a la India en una de las civilizaciones más fértiles en lo que a aportaciones científicas se refiere. Diversos tipos de instituciones de tipo informal o sistemáticos —colegios universitarios— permiten a los jóvenes iniciarse en los estudios universitarios.

La ausencia de una organización jerárquica centralizada es un rasgo que el budismo comparte con el Islam: el Corán es el único mediador entre el hombre y su Dios. La velocidad de la conquista del Islam muestra el vigor de la religión profesada por esta civilización. El Corán es interpretado diferencialmente según la región en que se profese el Islam: árabe, irano-india, turca, insulindia o africana. Esta dualidad *unidad-diversidad*, a la vez material y cultural, se produce tanto en el plano educativo como en las estructuras sociales de los diferentes ámbitos islamizados. Las especificidades regionales han reemergido con la decadencia del califato y han construido poco a poco su identidad. La expansión del Islam no fue sólo religiosa, militar y política, sino también intelectual y artística. En el Islam, al igual que en China y en la India, el monopolio de la educación ha conducido al poder político. Los dos primeros supieron mantener una movilidad social relativa, gracias a la ausencia de castas. La mezquita —centro de oración y de educación— es la primera institución educativa del Islam (continúa así con la tradición del monasterio budista, la sinagoga judía y la iglesia cristiana). En su competencia ideológica con el cristianismo, el judaísmo y el zoroastrismo, el Islam provee a su joven religión de instrumentos de análisis de conceptos y métodos —Lógica, Filosofía—, y desarrolla por interés práctico las Matemáticas, la Astronomía y la Medicina, siendo las bibliotecas centros de estudio por excelencia.

El rasgo de oralidad presente en ciertas sociedades alcanza su grado más puro en la sociedad africana. El tipo de apropiación comunitaria característico de esta sociedad tiende a valorizar la cohesión, la solidaridad y la primacía de los intereses grupales sobre los individuales. Comunes a este tipo de sociedades de economía simple son los valores de respeto al trabajo, educación corporal, conocimiento del medio y de las técnicas de producción. La abundancia y complejidad de las representaciones sociales y religiosas, con su conjunto de

explicaciones, significaciones, principios y ritos, se dirigen a la eliminación de las angustias existenciales derivadas del sentimiento de no dominio de la naturaleza. La educación es esencialmente una socialización en la que participa toda la comunidad y no sólo los progenitores respectivos. La integración de la educación a la vida, su democratización —la educación es gratuita y popular— y la valorización de la cohesión del grupo muestran la precocidad de esta sociedad en la práctica de los ideales del pensamiento pedagógico más moderno, si bien las insuficiencias planteadas por la oralidad (exclusión de la autoeducación a través de canales de comunicación de largo alcance, no receptividad a corrientes internacionales) plantean el interrogante de si realmente son compensadas por el carácter democrático de la misma.

Si bien la cultura europea se basa en una triple fuente como origen (Grecia aporta la democracia, Filosofía, Ciencias y Artes, Roma el Derecho y la organización estatal y militar, y el cristianismo la inspiración espiritual y moral), sus raíces más profundas emanan de tierras de Asia y África. Provenientes del Mediterráneo oriental, la agricultura, el bronce, el hierro, el papel y la ciencia se transmiten a Grecia y a Roma, y de allí por todo Occidente. Los procesos de categorización y abstracción nacen con el empleo de la escritura. Su utilización supone una nueva manera de conocer y razonar que prepara para el desarrollo del pensamiento científico. Tras la escisión político-cultural operada en el Mediterráneo durante el milenio de duración de la Edad Media se produce un fuerte desarrollo del feudalismo, uno de cuyos fines esenciales es aportar a la Iglesia su legitimación. La Dialéctica emerge como disciplina fundamental de entre las comprendidas por el *trivium* y el *quadrivium*, y siempre al servicio de la Teología; si bien a partir del siglo XI cada vez se cuestiona más la ortodoxia escolástica incluso en el seno de las escuelas tradicionales, y paralelamente al incremento de la valorización de las ciencias profanas como verdaderas incitadoras del pensamiento. Este giro cultural es asimismo promovido por los nuevos valores que difusamente difunde la ascendente clase burguesa —racionalidad, ética del trabajo— y muy particularmente por los efectos directos que su filosofía desencadena en educación: desarrollo del Derecho, las Ciencias y las lenguas autóctonas (en detrimento del latín).

La renovación intelectual de que esta época es testigo encuentra fértil cultivo en las Universidades Europeas, de las cuales Bolonia fue la pionera (1088). Estas instituciones de enseñanza superior, semejantes a las presentes en otras

civilizaciones (India, China, Islam), encarnan su especificidad occidental en su organización y privilegios peculiares. Tras la ruptura de la unidad cristiana durante los siglos XIV y XV, un nuevo mundo se prepara bajo la influencia de tres movimientos esenciales: la teología crítica —de gran influencia en Lutero—, el humanismo —de educación netamente liberal tanto en su concepción educativa como en su programa de estudios—, y la imprenta —fenómeno de mayor alcance que los anteriores y que difunde popularmente la cultura.

La dominación de la religión y la multiplicidad y relevancia de las funciones por ella desempeñadas caracteriza a las civilizaciones que dan origen a nuestro mundo contemporáneo. Su poderosa presencia configura las fuerzas políticas, socio-educativas y culturales, permitiendo una socialización —formal y cósmica— potenciadora de la identidad cultural propia y un lento pero progresivo desarrollo de las ciencias. La sabiduría en la conjugación de estos procesos con otros de acechadora apertura a innovaciones foráneas encamina a las civilizaciones protagonistas hacia una imparable marcha hacia el progreso.

María José García Ruiz

Dpto. de Historia de la Educación y Educación Comparada
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)